

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Dra. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Moral, Conciencia y Derecho</i>	3	
<i>Oliver O'Donovan</i>	5	Una ética evangélica
<i>Servais Pinckaers</i>	17	La conciencia y el error
<i>Raúl P. Valdez</i>	31	Investigación médica en humanos
<i>Karl-Josef Schippergers</i>	39	La sociedad igualitaria y sus peligros
<i>Ludovico Videla</i>	59	Chiapas y sus interrogantes éticos
<i>Ricardo Irigaray</i>	71	La dimensión teológica de la obra de J. R. R. Tolkien
<i>David Schindler</i>	81	Norris Clarke: La persona, el ser y Sto. Tomás

La sociedad igualitaria y sus peligros

Análisis y prognosis de Tocqueville
de los problemas fundamentales
de la democracia moderna

por Karl-Josef Schipperges*

La sociedad moderna es una sociedad democrática. Es una sociedad de hombres libres y conscientes, de ciudadanos ilustrados y mayores de edad, que asumen su destino y también definen la aptitud política de su estado.

Y la sociedad moderna es una sociedad igualitaria, una sociedad de individuos iguales, que ha eliminado los privilegios de la antigua sociedad estamental, pero también con ello ha llegado a ser una sociedad de masas de hombres semejantes e iguales.

Porque la sociedad moderna es por lo demás también una sociedad individualista. Un largo proceso que desde el Renacimiento, pasando por la Ilustración y la Revolución Francesa llega hasta nuestros días, ha hecho surgir un individuo orgulloso e independiente, que se distancia más y más del Estado. La acentuación de la libertad del individuo y la formulación de los derechos del hombre, que son entendidos como exigencias del individuo frente al Estado, tuvo luego como consecuencia —como ya lo ha señalado un contemporáneo crítico de la Revolución Francesa— que el tejido de la sociedad se desgarrara y el individuo perdiera interés en el bienestar general¹.

La unidad del Estado y sociedad se quebró ya, cuando Maquiavelo erigió al Estado como “institución del dominio y aparato de poder”². Con esto la sociedad llega a ser la “contraparte del Estado”³, pero por otro plantea también pertenecer al Estado y espera de él toda posible ayuda.

* Profesor en el Instituto de Historia de la Technischen Hochschule de Aquisgran, Alemania.

¹ Así el abate Royou. Conf. sobre esto J. Tulard. *La Contre-Révolution*. París 1990, pág. 108.

² R. Hauser. *Was des Kaisers ist. Zehn Kapitel christlicher Ethik des Politischen*. Frankfurt/Main 1968, pág. 36.

³ H. Kuhn. *Der Staat. Eine philosophische Darstellung*. München 1967, pág. 291; conf. también pág. 294.

Una manifiesta contradicción se hace así posible en la sociedad moderna. El poder político se concentra en las manos de una pequeña "elite", responsable de los problemas de la sociedad y de las instituciones. El individuo por el contrario se retrae a la esfera privada, se mantiene en su derecho el bienestar y la felicidad, que forman parte de los derechos de principio de los hombres y que pueden ser exigidos del Estado. Pero al exigir el derecho y la justicia para todos ha caído entretanto en el egoísmo, también en el egoísmo de grupos, también en el pensar en reclamaciones y en el aseguramiento de lo adquirido⁴. Frente a los grandes problemas sociales se mantiene indiferente, es incapaz de dejar el horizonte individual. Una "responsabilidad moral personal"⁵, que pertenece a los presupuestos fundamentales de la sociedad democrática, desaparece más y más, todo es dejado a la responsabilidad de una "difícil coalición de burócratas y tecnócratas"⁶. El individuo orgulloso y autoconsciente es manipulado por un aparato estatal omnipotente y empujado al anonimato. La autonomía del individuo conduce a la atomización de la sociedad. Pero entretanto la responsabilidad por el todo se pierde, la democracia se ve en peligro de destruirse y caer en la autocracia.

La sociedad igualitaria que ha surgido de la transformación de la Revolución Francesa, ha sido descrita ya en la primer mitad del siglo XIX por Tocqueville con visión profética. Cuando él analiza el desarrollo democrático en América y en Francia⁷, tiene en vista los rasgos generales de la sociedad democrática⁸. Ello lo conduce ante todo a mostrar cómo la igualdad influye el pensar y el sentir de los hombres⁹, siendo absolutamente consciente de que es inevitable mostrar desagradables tendencias y decir verdades inaceptables. Pero en definitiva llega a un problema vital, la cuestión de cómo en la futura sociedad democrática puede evitarse la tiranía como su típico fenómeno de degeneración. El ocuparse con esta cuestión es para él "ocupación santa"¹⁰.

⁴ G. Hermet. *Le peuple contre la démocratie*. París 1989, pág. 300 ss.

⁵ M. Machovec. *Die Rückkehr zur Weisheit. Philosophie angesichts des Abgrunds*. Stuttgart 1988, pág. 127; conf. también pág. 20.

⁶ Id. pág. 159.

⁷ Son fundamentales sus dos obras principales: *De la Démocratie en Amérique*, T. I, 1835, y T. II, 1840; y *L'Ancien Régime et la Révolution*, 1856. Ambas obras son hoy accesibles en: Alexis de Tocqueville, *Oeuvres complètes*, T. I (2 vols.) y T. II (2 vols.) editados por J.-P. Mayer, París 1952 y siguientes. En lo sucesivo serán citados en el texto de los T. I y II, con tomo y número de página.

⁸ Conf. Carta de Tocqueville a J. St. Mill del 18 de octubre de 1840 en VI, 1, 330.

⁹ De una carta a J. St. Mill del 14 de noviembre de 1839 en: VI, 1, 326 s.

¹⁰ De una carta a Kergorley del 26 de diciembre de 1836 en: XIII, 1, 431 s.

Y esto es precisamente la actualidad de Tocqueville. Nadie ha previsto y analizado tan claramente como él "la gran enfermedad social del mundo moderno"¹¹: el totalitarismo, la alienación de los hombres en la sociedad de bienestar y la omnipotencia de la burocracia anónima.

1 - Surgimiento de la sociedad igualitaria

La sociedad democrática, que Tocqueville ha observado en América, está dominada por la "igualdad de condiciones de vida". Este hecho es "le fait générateur", el principio creador y la causa, de que derivan todos los otros hechos, que son característicos de la moderna sociedad democrática (I, 1, 1). La igualdad de las condiciones de vida impregna toda la sociedad, influye la legislación y la opinión pública; determina la acción de los que rigen y los hábitos de los regidos. Esta es la propia revolución democrática y este hecho domina toda la era democrática (I, 2, 102).

Lo que Tocqueville describe aquí, no es de ningún modo un fenómeno americano. El desarrollo hacia la igualdad está profundamente arraigado en la historia europea. Los comienzos se pueden seguir hasta la alta Edad Media, cuando los reyes franceses en las luchas con la alta nobleza pacientemente y seguros de sus objetivos acudieron a la ayuda de los legistas burgueses y su saber especializado para afimar su poder y hacer a todos iguales bajo su trono (I, 1, 2f.)¹². Pero también otros sucesos muestran la misma dirección, como el surgimiento de la propiedad nobiliaria, el desdoblamiento de la industria y comercio y la aplicación de la cultura general. En general no se da ningún acontecimiento importante de la historia europea que no haya favorecido el desarrollo de la igualdad. Cada uno ha contribuido a su manera "a hacer a los ricos pobres y a los pobres ricos" (I, 2, 13) y con ello a favorecer la nivelación general. También el desarrollo filosófico muestra la misma tendencia. El racionalismo introducido por Descartes ha destruido el dominio de la tradición y de la autoridad que habían fijado las estructuras jerárquicas de la vieja Europa, para someter todo al juicio de la razón individual (I, 2, 13).

¹¹ A. Jardin. Alexis de Tocqueville. París 1984, pág. 505.

¹² La centralización de la administración, que destruye gradualmente todos los poderes intermedios, era un producto de la antigua Francia. Ella no fue de ningún modo eliminada en la Revolución, sino que era propiamente el comienzo de la Revolución; conf. sobre esto II, 1, 107, 118 y 129.

Y esto es por añadidura para Tocqueville un “suceso providencial” (I, 1,4), un desarrollo incontenible y también irreversible. Sólo la idea democrática tiene un futuro en la sociedad democrática¹³, todo ensayo de una restauración de la monarquía está así condenada al fracaso. Con esto no se muestra ciertamente Tocqueville como un representante del determinismo o de una filosofía de la historia fatalista. Al fin de su obra sobre La Democracia en América él señala ciertamente que el hombre está encerrado en un “círculo de fatalidades” que no puede romper.

Pero dentro de esos “límites ampliamente extendidos” él es fuerte y libre. La igualdad de las condiciones de vida es ciertamente un irrevocable dato fundamental de la sociedad futura. Pero los peligros vinculados con ello pueden ser evitados. Del hombre sólo depende, si en el futuro ha de vivir en servidumbre o en libertad, en un mundo civilizado o en la barbarie, en el bienestar o en la miseria (I, 2, 239).

Se trata de ver la situación sobria y atentamente. Lo que nos cae en suerte no es la tierra prometida, ni por derecho, el paraíso en la tierra. Pero esta revolución democrática es “útil y necesaria”, cuando es conducida de modo recto¹⁴.

2 - La estructura de la sociedad igualitaria

La nueva sociedad igualitaria cambia de una manera radical la estructura existente hasta ahora de la sociedad aristocrática, en la que entre el individuo y el poder del estado han existido siempre una serie de poderes intermedios. Esta jerarquía social ha sido ahora derribada, y esto tiene graves consecuencias para toda la articulación social y para el concreto comportamiento de los hombres.

La Revolución Francesa ha comenzado ciertamente con la doble pretensión de libertad e igualdad, pero la igualdad ha llegado a ser el hecho dominante de la era democrática, porque el amor, más aún, la pasión por la igualdad es más grande que el amor por la libertad (I, 2, 201) y es preferido a todos los otros valores (I, 2, 102). Los inconvenientes que la libertad trae consigo —ella crea inquietud y lucha de la concurrencia—, son perceptibles en seguida, sus ventajas se muestran poco a poco. Por el contrario los inconvenientes de la igualdad —la extensión de la mediocridad y la

¹³ De una carta a J. St. Mill de junio 1835, en: VI, 1, 294.

¹⁴ Id.

tiranía de la mayoría— se dejan ver poco a poco, mientras que sus ventajas, de las que en definitiva todos aprovechan, se perciben en seguida. La libertad debe además ser lograda en lucha que exige esfuerzo y víctimas, pero las consecuencias agradables de la igualdad se sitúan en cierta medida por sí mismas (I, 2, 103). Naturalmente los hombres aspiran a la igualdad en la libertad, pero porque ellos tienen una ardiente, insaciable e inalterable pasión por la igualdad, ellos la prefieren, así deba ser la igualdad en la servidumbre, a la desigualdad en la libertad. Es concebible que ellos se den por satisfechos con un cierto grado de libertad. Pero nunca se alcanza a instaurar un estado de igualdad, que satisfaga a los hombres, porque la más pequeña desigualdad que reste, así sea sólo la de la inteligencia, se siente como insoportable. La aspiración a la igualdad es insaciable en la medida en que la igualdad crece (I, 2, 144).

La igualdad de que habla Tocqueville, no es tampoco un estado que se alcanza en cualquier tiempo, sino un proceso que nunca alcanza a un fin y se condena a lo incierto¹⁵.

Pues también en la sociedad igualitaria se dan pobres y ricos, pero, porque domina una gran movilidad social, el servidor de hoy puede llegar a ser el señor de mañana¹⁶. Así surge una pasión insaciable y nunca satisfecha que produce la inquietud y la envidia. Con esto en la sociedad moderna se lleva un potencial revolucionario, que nunca se aquieta y que se expresa hoy claramente en las exigencias sociales como también en los movimientos de protesta y emancipación de toda especie¹⁷.

Cómo se presentará la sociedad futura, Tocqueville no puede decirlo, porque la revolución social, que en la mitad del S. XIX se desarrolla ante sus ojos, aún no ha concluido. Pero una cosa es cierta: este desarrollo no es comparable con los que conocemos por la historia del pasado: “El pasado no arroja ninguna luz sobre el futuro, el espíritu del hombre camina en las tinieblas” (I, 2, 336).

3 - Los peligros de la sociedad igualitaria

Sin embargo son cognoscibles algunos contornos y tendencias. Con la desaparición de las estructuras fijas de la sociedad

¹⁵ Comp. con esto F. Furet. *Le système conceptuel de la “Démocratie en Amérique”* en: M. Hereth/J. Höffken, “Alexis de Tocqueville. Zur Politik in der Demokratie”. Simposio para el 175º aniversario de Alexis de Tocqueville. Baden-Baden, 1981, pág. 47.

¹⁶ Id., pág. 41.

¹⁷ Comp. sobre esto F. Fukuyama. *La fin de l'histoire et le dernier homme*. París 1992, pág. 326-338 y pág. 364-365.

aristocrática, se ha desgarrado el tejido social, que hasta ahora mantenía a los hombres ligados unos con otros. Pero en cuanto las condiciones de vida se asemejan y las posibilidades de comunicación de unos con otros son más intensas, ellos descubren que son a la vez débiles y fuertes. Cada uno cree poseer bastante inteligencia y fuerza, para poder marchar en su propio camino. Del vecino nada puede esperar, porque éste está en la misma situación que él. La consecuencia es que los hombres no tienen ya ninguna confianza unos en otros, sino una ilimitada confianza en sí mismos. Cada uno encuentra en sí las reglas de su comportamiento y el fundamento de sus opiniones y convicciones. Esto lo llena de orgullo y confianza en sí mismo. Pero a sus prójimos considera con sospecha y envidia, aquella típica "malaise democrática"¹⁸, porque éste se encuentra quizá en una mejor situación que él. "Lo que aún vincula a los hombres unos con otros, son intereses materiales en gran medida efímeros y rápidamente cambiantes, no ideas fundamentales y convicciones comunes" (I, 2, 15). Una vinculación duradera, un compromiso profundo concerniente a toda la sociedad no pueden así surgir. Con esto están a la vista los rasgos fundamentales de la moderna sociedad de masas.

4 - Individualismo

Este pensar individualista que caracteriza a la sociedad igualitaria, debe distinguirse bien de un egoísmo corriente. El egoísmo es "un apasionado y exagerado amor a sí mismo", que pone a la propia persona en el centro. El individualismo por el contrario es "una meditada y tranquila sensación", que da origen a que los hombres se aparten de sus prójimos, para formar con su familia y sus amigos una pequeña sociedad, abandonando a sí misma la sociedad total y sus problemas (I, 2, 105). El egoísmo se ha dado siempre y no es característico de ninguna sociedad. El individualismo por el contrario es de origen democrático y se impone siempre más, cuanto más se igualan las condiciones de vida.

La sociedad aristocrática es un mundo estructurado jerárquicamente, en el que el individuo asume un lugar fijo. El depende siempre de la protección de uno más alto y puede serle exigida la ayuda por un subordinado. Así él está siempre ligado a algo y obligado a alguien.

En la sociedad democrática empero se rompe la larga cadena de obligaciones y urdimbres. La movilidad social crece. Nuevas

¹⁸ Así Tocqueville en sus *Souvenirs*, en: XII, 84.

familias se forman rápidamente, y las antiguas se disuelven con igual rapidez. Los hombres olvidan a las generaciones pasadas y no se preocupan tampoco por las futuras. La conciencia de la tradición y la historia pierden su valor, pero también la visión de los problemas del prójimo se cambia. Mientras en la sociedad aristocrática los hombres tienen sólo una vaga representación de los problemas de la humanidad, pueden olvidarse de sí mismos y estar dispuestos al sacrificio, cuando se trata del prójimo concreto. El hombre democrático es ciertamente bien consciente de la responsabilidad que tiene frente a la humanidad, pero olvida al mismo tiempo los deberes que tiene frente a sus prójimos concretos (I, 2, 106).

Esto es sólo aparentemente un problema paradójico en nuestro mundo. La movilidad creciente pone al hombre en contacto con problemas mundiales y exige también sensibilidad y compromiso para el alcance del tercer mundo. Simultáneamente se debilita el contacto con el hombre concreto y prójimo. Se debilita el tejido de relación social, y el control social no es más operante. Los hombres se pierden en el anonimato. Llega además una amplia clase media que vive en un relativo bienestar. Estos hombres poseen una riqueza suficiente, se bastan a sí mismos, no deben a nadie y no esperan algo de nadie. Toman su destino en sus manos y se comportan en forma indiferente con su prójimo. Cada uno se retira "a la soledad de su propio corazón" (I, 2, 106). La consecuencia es una lenta y constante disolución y atomización de la sociedad. El individualismo agota la fuente de las virtudes públicas, destruye a la larga también toda otra virtud y es absorbida finalmente por el egoísmo (I, 2, 105).

5 - Materialismo

Junto al individualismo es luego el materialismo un peligro típico de la sociedad igualitaria. Se extiende un pensar positivo, que se aparta de los grandes ideales y sólo persigue los fines visibles, próximos y calculables. Surge un nuevo tipo de hombres al que son ajenos el ocio y la contemplación (I, 2, 216). Atributos que en la ética del mundo de la sociedad moderna ya no tiene ningún lugar.

Esta burguesía que se forma en el S. XIX, dominada por la industria y el comercio, aspira a un ritmo de vida pacífico y regular, que ante todo promete la seguridad (I, 2, 216). El evita los extremos y se satisface con un gusto del medio. Las grandes pasiones

le son ajenas, pero también las grandes energías y las grandes virtudes. Surge una "uniformidad universal" (I, 2, 337). Hasta los vicios existen en una medida regular. Todo corre por caminos bien ordenados. En el trazado queda fuera la fantasía creadora, que toma aquellos grandes fines "que distinguen la gloria y la grandeza de la humanidad" (I, 2, 138). El uso práctico de la moral no es naturalmente por ello descuidado y hasta es incluido en el cálculo. Se valoran las buenas costumbres y el bienestar, pues ellos conservan el orden público y favorecen el tranquilo desarrollo de la industria y el comercio. Tampoco se quiere renunciar a la religión, pues si se quiere arreglarse cómodamente en este mundo, no se quiere dejar escapar la "chance", que promete un mundo futuro. Por ello se evitan acciones terminantemente criminales, pero se goza de los bienes materiales permitidos por la religión y la moral. Así se puede construir en el futuro "una especie de materialismo decente, que no deteriora a los hombres, pero los enerva, para quitarles en definitiva toda energía" (I, 2, 139).

Frente a tal desarrollo Tocqueville confiesa francamente que siente angustia¹⁹. Para el futuro teme no tanto una nueva revolución, que pueda conmover al mundo, teme mas bien que los hombres "se encierren más y más en el angosto mundo de sus intereses domésticos" (I, 2, 269), donde ellos agoten toda su energía. Crecerá el amor a la propiedad, sobre todo a la propiedad mobiliaria, y con ella crece la negligencia, los intereses conservadores, la inclinación a la domesticidad y la vida sedentaria, el pensar positivo y prosaico (I, 2, 262). El resultado es una "société stationnaire" (I, 2, 263). Ciertamente la movilidad es una de las características de la sociedad democrática, pero esta movilidad es sólo un fenómeno de superficie. En lo profundo de esta sociedad domina por el contrario un inmovilismo, al que ella se dirige en el fondo. Los hombres están por cierto constantemente en movimiento, pero su espíritu es inmóvil (I, 2, 264). "Yo tiemblo, lo confieso, que ella se deje dominar en definitiva por un amor impotente al gozo del instante tanto que el interés por su propio futuro y el de sus descendientes desaparezca" (I, 2, 269). Finalmente no se producen nuevas ideas, los hombres se agotan en "movimientos estériles", ellos están ciertamente sin cesar en movimiento, pero ellos no avanzan más (I, 2, 269). Así existe de hecho el peligro de que el hedonismo crezca y el goce de los bienes materiales extinga la capacidad de producir esos bienes. El hombre llega sólo a

¹⁹ Un "terreur religieuse": I, 1, 4.

gozar “sin progreso, como el animal” (I, 2, 154) como “el perro al sol”²⁰.

Lo que Tocqueville describe aquí, es la mentalidad de la burguesía del S. XIX sellada por el utilitarismo y el positivismo. Pero ese materialismo pragmático define —bajo distintas condiciones históricas— aún más lejos del presente²¹. Ciertamente son el liberalismo sin freno y toda forma de despotismo grandes peligros para la sociedad. Pero su causa se sitúa más profundamente, ella reside en una general apatía, que por su parte es fruto del individualismo²².

6 - Tiranía de la mayoría

Esta apatía tiene consecuencias de largo alcance. En la medida en que tanto el individualismo como el materialismo han llegado a ser las características dominantes de la sociedad igualitaria, el individuo ha caído más y más bajo la presión de la opinión pública, lo que ha llegado a ser el fenómeno típico de la moderna sociedad de masas. Tocqueville se muestra aquí como el “profeta” y el “analista” de la era de las masas²³, que ya muy pronto diseñan las líneas fundamentales de una sociedad, que más tarde debían ser descritas más exactamente por Le Bon y por Ortega y Gasset²⁴.

En su análisis choca Tocqueville con un fenómeno extrañamente paradójal. El mismo hombre, que como individuo posee una ilimitada confianza en sí mismo, se siente como miembro de la sociedad aplastado por su debilidad y su insignificancia. Porque todos son iguales, también todos son débiles. El individuo descubre que él no se distingue en nada de su vecino. Todos tienen los mismos hábitos, los mismos gustos y las mismas convicciones comunes. Con esto pierde el individuo su confianza en sí mismo y no se atreve a sostener una opinión propia frente a la de sus prójimos (I, 2, 267). Para no ser relegado al aislamiento crece en él la inclinación a hacer de la opinión pública la pauta de su acción. Se im-

²⁰ Comp. sobre esto W. Hennis. *Wider der Hund in der Sonne. Anotaciones a Tocqueville*. En: M. Hereth/J. Höffken, *Alexis de Tocqueville*, entre otras pág. 89.

²¹ Comp. sobre esto F. Fukuyama, entre otras pág. 348-356.

²² Comp. sobre esto la anotación de Tocqueville a la pág. 327 del segundo tomo de la *Democracia en América*: 1, 2, 248.

²³ Véase el título de ambos libros: K. Pisa. *Alexis de Tocqueville, Prophet des Massenzeitalters*, Stuttgart 1984, y: J.-P. Mayer, *Alexis de Tocqueville, Analytiker des Massenzeitalters*, München 1972.

²⁴ G. Le Bon. *La psychologie des foules*, 1895. Y: J. Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*.

pone luego el concepto de que muchos hombres poseen más ilustración y más sabiduría que el individuo. "Esto es la teoría de la igualdad en su aplicación a la inteligencia" (I, 1, 258). Si todos los hombres poseen la misma inteligencia y la misma comprensión, parece a ellos verosímil que también la verdad se encuentra del lado del mayor número (I, 2, 18)²⁵.

Esta acción de la igualdad de la inteligencia conduce a una "anarquía intelectual" (I, 2, 265), pues los hombres ya no están dispuestos a reconocer la superioridad de un prójimo, "aquella aristocracia natural" del saber o de la virtud (I, 1, 50). Donde domina el "dogma de la igualdad de la inteligencia" (I, 2, 265), los grandes espíritus no encuentran ya auditorio.

La consecuencia es una inmensa presión sobre la inteligencia de los individuos. La pública opinión llega a ser un poder invisible y no explicable que extingue la independencia individual. Las opiniones de los hombres no son más que "polvo intelectual" (I, 2, 15), que son empujados de aquí para allá a todos lados y en ninguna parte pueden fijarse.

Cuando el desarrollo ha avanzado tan lejos, la fe en la "infallibilidad de la masa" (I, 2, 18) toma una extensión tal, que la opinión pública se transforma en la única pauta del pensar y del obrar. La mayoría entrega al individuo una opinión predispuesta y con ello lo dispensa del deber de formarse una opinión propia. Las teorías filosóficas, morales y políticas son aceptadas sin seria prueba, y hasta la religión domina mucho menos como doctrina revelada que la opinión pública (I, 2, 18). Tampoco el dogma llega a ser opinión pública, sino la opinión pública llega a ser dogma²⁶.

Si el desarrollo ha llegado a este punto, se puede hablar con derecho de una "omnipotencia de la mayoría", con lo cual la fe en la opinión pública llega a ser una especie de religión, "cuyo profeta es la mayoría" (I, 2, 19). Pero esto significa también que en la sociedad democrática la autoridad no ha perdido de ningún modo la importancia. Ella simplemente se ha extendido de la persona del príncipe a la mayoría del pueblo y con ello ha ganado en peso. Este "dominio moral de la mayoría" (I, 1, 258) supera a todo poder que hayamos conocido en la historia hasta ahora. Reside en ellos una "tiranía" (I, 1, 261), una "omnipotencia" (I, 1, 266), que

²⁵ Comp. sobre esto también J. Feldhoff. *Die Politik der egalitären Gesellschaft. Zur soziologischen Demokratie-Analyse bei Alexis de Tocqueville*. Köln/Oplanden 1968, pág. 47 y s.

²⁶ P. Manent. *Tocqueville et la nature de la démocratie*. París 1982, pág. 131.

contiene el germen de los futuros despotismos, de un dominio espiritual, que fija estrechos límites a la inteligencia individual, cuando ella no alcanza a reducirla totalmente a silencio. Los reyes absolutos poseían sólo un poder material, ellos podían ciertamente influir el obrar exterior de los hombres, no su pensar. Por el contrario la mayoría moderna está dotada de un poder material y moral que alarga “un cerco amenazador en torno al pensar” (I, 1, 266). Quien se atreve a expresar una opinión distinta de la de la mayoría, no ha de temer ningún “auto de fe”, pero él deviene dentro de la sociedad un ser aislado, obligado a callar, como si tuviera una mala conciencia. Las cadenas y los verdugos con que trabajaban las tiranías de tiempos anteriores, son métodos demasiado toscos. Ellos golpean a los cuerpos para alcanzar al espíritu. Naturalmente el hombre queda libre y su propiedad no es tocada. Pero quien no piensa como la mayoría es tratado como un raro. Conserva sus derechos civiles pero los hombres huyen de él como de un ser impuro (I, 1, 267). La presión de la opinión pública puede conseguir finalmente que al individuo no se le ocurra formar otra opinión que la dominante o contradecirla en absoluto.

Así se extingue la libertad intelectual, se extiende la irreflexión y los hombres son impedidos por ello, aún de pensar en general. Se ha alcanzado ciertamente la revolución, los pueblos se han librado de las cadenas de la antigua sociedad estamental. En lugar del absolutismo del rey se ha introducido el poder absoluto de la mayoría y con ella la servidumbre sólo ha asumido otra forma. Al fin los hombres no han logrado vivir en una real independencia. “Esto debe llevar a reflexionar a aquellos que consideran la libertad del pensar como una cosa sagrada y que no sólo odian a los déspotas, sino también al despotismo” (I, 2, 19).

El peligro que señala aquí Tocqueville, ha llegado a ser ya en los sistemas totalitarios del S. XX una terrible realidad. Pero también en las democracias liberales está en camino un proceso de nivelación, que se expresa en las “normas secularizadas”, en la estandarización y la uniformización de las pautas y en la totalidad de la vida de la cultura hasta en los medios de información²⁷. No debe descuidarse a este respecto la tendencia en la que las expresiones de una minoría que se desvía de la opinión pública apenas pueden imponerse si es que ellas no han sido ya calladas por completo²⁸.

²⁷ J. P. Mayer. Alexis de Tocqueville, entre otras págs. 83 y s., 153 y s.

²⁸ Comp. sobre esto G.-K. Kaltenbrunner. *Die Macht der Meinungsmacher. Die Freiheit zu informieren und informiert zu werden*. Freiburg, 1980, pág. 14 s.

7 - Omnipotencia del Estado

Pero este despotismo no aparece sólo en la forma de la opinión pública. También en el sector de la política surge un nuevo tipo de dominio con el “consentimiento democrático plebiscitario”²⁹. “Los antiguos conceptos de despotismo y tiranía no se adaptan ya. La cosa es nueva, y por ello ya no la pueden nombrar, deben ensayar definirla” (I? 2, 324).

En la era del absolutismo el rey era ciertamente *legibus solutus*, pero estaba aún ligado por los privilegios y costumbres, a las tradiciones morales y administrativas. Se daba la alta nobleza con su susceptible sentimiento de honor, y se daba la religión con sus obligaciones. Todo esto limitaba el poder del rey y cerraba “un círculo invisible en torno a su autoridad” (I, 1, 327).

En la sociedad postrevolucionaria esas instituciones, tradiciones y autoridades han desaparecido. La religión ha perdido continuamente su influjo, los límites entre bien y mal se han borrado, y el mundo de la moral ha llegado a ser completamente inseguro y dudoso. El individuo está aislado, sin consistencia y perdido en la multitud (I, 1, 328). Ciertamente rige ahora el principio de la soberanía del pueblo, pero es difícil que el pueblo participe en el gobierno, y es más difícil aún, comunicarle la necesaria experiencia política como el sentimiento para aquello que se llama “gobernar bien” (I, 1, 329).

En esta situación es decisivo que los hombres aprendan a tratar rectamente con la libertad.

El objeto de la revolución en el S. XVIII era ciertamente la libertad, pero esa libertad era entendida no sólo como la libertad de los ciudadanos para actuar políticamente, sino también como la libertad del individuo para gozar de su bienestar privado. Pero muy pronto fue claro que el acento se cambiaba “desde la libertad pública a las libertades burguesas”³⁰. En el fondo también no se aspiraba a librarse del dominio absolutista, para someterse al esfuerzo de gobernar juntamente, sino para librarse de la carga de los deberes públicos y dedicarse totalmente a los negocios privados.

Tocqueville ve esta problemática y señala con toda seriedad, que no se da una libertad sin la otra. “Quien busca en la libertad algo distinto de la libertad misma, ha nacido para servir” (II, 1,

²⁹ W. Hennis en: M. Hereth/J. Höffken, *Alexis de Tocqueville*, entre otras pág. 84.

³⁰ H. Arendt. *Über die Revolutionen*. München 1963, pág. 174.

217). Ciertamente los hombres aspiran a la libertad y a la igualdad, pero ellos olvidan pronto el amor a la libertad, para transformarse en la igualdad “Siervos del amo del mundo” (II, 1, 72). Así puede surgir un gobierno, que tiene más poder que aquellos que fueron derribados por la revolución. Ciertamente rige el principio de la soberanía del pueblo, pero los ciudadanos no tienen ni la posibilidad ni el tiempo y la energía para informarse ampliamente y dedicarse seriamente a los problemas políticos. Domina la “doctrina del interés”, se va tras los “negocios” y se olvida así lo más importante, ser amo de sí mismo (I, 2, 147).

Lo que Tocqueville describe aquí, se encuentra confirmado en la experiencia del S. XX. La inclinación de la sociedad de consumo y de bienestar hacia la riqueza, el lujo y el goce fortalece el pensar individualista y egoísta y debilita el sentido para la política y el compromiso con los deberes públicos³¹. Sólo el Estado es responsable de la paz pública y el orden. Así puede surgir en sus últimas consecuencias aquel omnipotente dirigismo estatal, que en los estados socialistas quita a los hombres no solo la libertad política, sino también toda iniciativa privada y con ello el bienestar.

Los rasgos fundamentales de esta sociedad futura han sido previstos y analizados por Tocqueville. En la sociedad igualitaria los individuos son a la vez independientes y débiles. Su independencia los llena de orgullo y de confianza en sí mismos. Su debilidad empero es causa de que ellos busquen ayuda. De sus prójimos no pueden esperarla, porque estos son tan débiles como ellos. Sólo queda la ayuda del Estado. Naturalmente todos son de la opinión de que el Estado no debe mezclarse en los negocios privados de sus ciudadanos, pues cada uno está orgulloso de su independencia y hace alarde de su libertad. Pero porque él es débil y depende de ayuda externa, desea sin embargo para sí —y para este caso excepcional— la ayuda del estado³². Así crece el poder del Estado y surge la situación paradójal, de que, los mismos hombres que podían soportar tan difícilmente una autoridad se inclinan sin embargo pacientemente al poder central. Ellos son a la vez orgullosos y sumisos (I, 2, 302).

El individualismo y el absolutismo del estado son también absolutamente compatibles. Una sociedad que no exige de su gobierno sino el mantenimiento del orden público es ya “esclava de su bienestar” y “el hombre que ponga a ella en cadenas puede aparecer” (I, 2, 148).

³¹ I. pág. 178 y ss.

³² Así Tocqueville en I, 2; 301, nota 1.

Aquí es visible la ruptura entre sociedad y estado, una ruptura que conduce a la dominación de la sociedad por el estado³³. El ciudadano se retira a la vida privada y se dedica a sus negocios. El siente a la ocupación con la política como molesta e inútil, ella le aparece como trabajo extraordinario y complicado. Se la abandona de buena gana a los especialistas, los burócratas, los partidos y las uniones de intereses que dominan el aparato estatal. Así surge el moderno estado de bienestar, que es más un tutor que un tirano³⁴. El toma a su cargo asegurar el bienestar de los hombres y vigilar sobre su destino. Es también a la vez el estado previsor que regula todos los detalles de la vida social. Cuida a todos y se preocupa por todo. Se interesa por la seguridad de los ciudadanos y por sus negocios. Regula sus sucesiones y reparte sus herencias. Si ello fuera posible, les ahorraría aún el esfuerzo de pensar y los cuidados de la vida (I, 2, 324). Pero ante todo se interesa en toda necesidad humana, sea ella de los enfermos o de los desocupados³⁵. Ha llegado a ser el único auxiliador en toda necesidad (I, 2, 34). Si es necesario, él puede también hacer feliz al hombre contra su voluntad (I, 2, 313).

Con ello está en la situación, porque dispone de un buen aparato administrativo de funcionarios, que siempre está más fuertemente centralizado, de penetrar "inquisitoriamente" y "detalladamente" en la esfera privada de los hombres, "sostiene, asesora, y por tanto domina" a cada individuo (I, 2, 313). Pero en la medida en que el poder central asume en sí tareas, crece también el número de funcionarios de carrera, que al final constituyen "una nación dentro de la nación" y que dominan al pueblo de doble manera: una parte del pueblo teme ante el poder de los funcionarios, la otra parte vive de la esperanza de llegar a ser funcionarios alguna vez³⁶. La burocracia constituye también un factor de poder estable y con derecho puede ser caracterizada como "la aristocracia de la nueva sociedad" (II, 1, 132), que abarca sistemáticamente toda el área del estado. Con esto surge un "nuevo Leviathan"³⁷.

³³Comp. F. Furet, entre otras pág. 28.

³⁴Esta tutela y estar bajo tutela está ya presente en tendencia en la Francia prerrevolucionaria, donde el individuo no puede hacer ningún negocio importante sin que el Estado intervenga; comp. II, 1, 112 y 135.

³⁵También cree Tocqueville que esta tendencia puede fijarse en la antigua Francia. En cuanto el Estado asumió la actividad caritativa de la Iglesia, son sus esfuerzos para los hombres necesitados, a menudo "ciegos, caprichosos e insuficientes", pues se trata de una ayuda burocrática desde lejos; comp. II, 1, 113.

³⁶Así Tocqueville en I, 2, 312, nota 2.

³⁷J.-P. Mayer. *Alexis de Tocqueville. Die Gefährdung der Freiheit in der Demokratie*. Stuttgart 1979, pág. 106.

8 - Peligro del Socialismo

El amor de la igualdad conduce inevitablemente a un estado de uniformidad en la sociedad, que favorece la concentración del poder político en las manos de los menos (I, 2, 302). El gran peligro del futuro es por tanto no sólo el estado de bienestar en el sistema liberal, sino ante todo el “despotismo democrático”, que ya Morelly había señalado a mediados del S. XVIII: cuando la igualdad de las condiciones de vida es realizada radicalmente, la confusa masa de los iguales no posee ni la capacidad para gobernar, ni puede controlar al gobierno. Ella es regida por un “mandatario” que —en su nombre— es un señor absoluto con poderes ilimitados. El modelo para tal forma de gobierno debe buscarse en el Asia distante (II, 1, 213).

Si bien Tocqueville puede no haber tenido una experiencia práctica con las ideas socialistas, sin embargo las rechazaba con toda decisión³⁸. De la literatura conocía naturalmente a Babeuf —“aquel abuelo de todos los modernos socialistas”³⁹— como también a los primeros socialistas franceses. Pero sobre todo tenía como diputado su experiencia concreta con la revolución de 1848, en que las exigencias socialistas fueron claramente formuladas por primera vez.

Para Tocqueville el socialismo no puede compararse con los anteriores movimientos políticos, pues él no quiere reemplazar una forma de gobierno por otra, sino crear un nuevo orden social. El quiere cambiar “las leyes inmutables, que constituyen el fundamento de toda sociedad”⁴⁰. Pues está convencido de que la miseria de los hombres no es un hecho inevitable, sino la obra de las leyes humanas. Cuando los fundamentos de la sociedad sean cambiados, desaparecerá también la miseria⁴¹.

El socialismo es luego un ataque de principio a la propiedad privada y a la libertad del individuo⁴². Radica detrás de ello una profunda desconfianza frente a la capacidad de la inteligencia in-

³⁹ Del discurso de Tocqueville ante la Convención Constituyente del 12 de septiembre de 1848. En: *Ecrits et discours politiques* en: III, 3, París 1990, pág. 175. En ese discurso Tocqueville se enfrenta fundamentalmente con el socialismo. La totalidad del material para esta cuestión es hoy accesible en: *Ecrits et discours politiques. La pensée de Tocqueville sous la Seconde République*, en: III, 3, París 1990, pág. 167-180. Sobre esto, *Notas y Borradores de los Archives Tocqueville*, Dossier 92, pág. 181-197.

⁴⁰ De los *Souvenirs*, en o.c. XII, 96. En cuanto a que la revolución de 1848 no es ninguna revolución política, sino “lucha de clases” y “guerra civil”: id. pág. 151.

⁴¹ Del discurso del 12 de septiembre de 1848, en: III, 3, 170.

⁴² De las *Notas y Borradores* en: III, 3, 192 s.

dividual, pues los derechos de los hombres son limitados y su destino se coloca totalmente en manos del Estado⁴³.

El punto de partida de la discusión sobre el socialismo fue en la Asamblea Nacional la cuestión de si el derecho al trabajo debía ser incluido en la Constitución. En su discurso del 12 de septiembre de 1848 Tocqueville rechazó tal derecho con el fundamento de que él tenía como consecuencia que el Estado se transformaría en el más poderoso dador de trabajo y pronto también en el único propietario. Pero esto sería “comunismo”⁴⁴. Pues el Estado se transformará con ello no sólo en el conductor y guía de la sociedad, sino también en el dueño de todos los hombres individuales, en su “educador”, que los rodea constantemente, para conducirlos y protegerlos. Pero esto es la “confiscación de la libertad humana”, “una nueva forma de servidumbre”⁴⁵. En la sociedad socialista todo es decidido por el Estado, reglado y fijado por ordenanzas. El resume en sí toda fuerza y toda vida. Al individuo le falta así el aire para respirar y la luz para vivir. El resultado es un “estado-colmena”, una sociedad de “animales amaestrados”, pero no de hombres libres y civilizados⁴⁶.

En cuanto Tocqueville rechaza este socialismo, se muestra como un liberal en el sentido más propio de la palabra, pues nada es tan importante para él como la defensa de la libertad individual. Nada da al Estado el derecho de dominar la economía y tiranizar al individuo. Pero si el estado domina el mundo del trabajo, domina también la imaginación, las costumbres y ante todo las necesidades de los hombres —él domina todo—. La civilización romana ha sido destruida por bárbaros que venían del norte. La civilización europea está amenazada del peligro de ser destruida por los bárbaros que ella misma ha criado⁴⁷.

Pero Tocqueville niega con decisión la pretensión de los socialistas de ser los herederos legítimos de la revolución francesa de 1789 y con ello de aquéllas que llevan las ideas de la democracia a su fin lógico. La revolución francesa ha respetado siempre la propiedad privada y la libertad individual. Ciertamente ha suprimido la sociedad estamental, pero no la sociedad dividida en propietarios y proletarios que luchan recíprocamente⁴⁸. El socialis-

⁴³ Del discurso del 12 de septiembre de 1848, en: III, 3, 168.

⁴⁴ Id.

⁴⁵ Id. pág. 171.

⁴⁶ Id. pág. 173.

⁴⁷ De las *Notas y Borradores*, en: III, 3, 194; comp. también pág. 181 y s.

⁴⁸ Del discurso del 12 de septiembre de 1848, en: III, 3, 179; conf. también pág. 171 y 173.

mo, por el contrario, es la negación de los grandes principios de la revolución de 1789 y por tanto una vuelta a la oposición de tiempos pasados. Si el Ancien Régime se diferencia esencialmente del socialismo, hay sin embargo un punto de contacto: ambos piensan que sólo el Estado posee la sabiduría, que los súbditos son seres frágiles y débiles que necesitan de la conducción del gobierno⁴⁹.

Ante todo Tocqueville sostiene la tesis de que la democracia nada tiene que hacer con el socialismo. El remite al respecto al ejemplo de Norteamérica, donde existe una democracia, pero donde nunca el socialismo ha podido poner pie. Aduce también la prueba teórica de que ambos sistemas son expresamente opuestos. “La democracia amplía la esfera de la independencia individual, el socialismo la ahoga”. La democracia subraya el valor personal de cada hombre individual, el socialismo hace de cada hombre un servidor del Estado, un instrumento, un número. Sólo una palabra tienen en común la democracia y el socialismo: la igualdad. Pero la democracia aspira a la igualdad en la libertad, el socialismo por el contrario fuerza a la igualdad sin libertad, y conduce con ello a la servidumbre⁵⁰.

Por consiguiente el socialismo es sólo otra forma de esclavitud. Pero el problema central de todo problema político debe ser, “defender la libertad y la dignidad del hombre”, no cambiar la ley fundamental de la sociedad y que “la demagogia no venga mediante la democracia”⁵¹. Pero donde hay libertad no se da ningún socialismo⁵².

Finalmente el socialismo es para la sociedad tan peligroso como el Estado-providencia total, porque ambos amenazan la libertad de los individuos. El Estado debe seguir siendo un factor de poder, para llenar una tarea social, con la cual la libertad del individuo sea respetada.

En la Francia anterior a la revolución —y en todas partes de Europa— la asistencia pública era una tarea de la Iglesia. Por cuanto el Estado revolucionario se incautó de los bienes de la Iglesia, privó al mismo tiempo a la Iglesia de la posibilidad de cuidar de los pobres y enfermos. En el curso del proceso de secularización al principio del S. XIX la asistencia pública viene a ser de este modo un quehacer del Estado, la caridad cristiana pasa a ser una ta-

⁴⁹ Id. pág. 172; conf. también pág. 181.

⁵⁰ Id. pág. 175.

⁵¹ De los Souvenirs, en: XII, 124.

⁵² De las Notas y Borradores, en: III, 3, 195.

rea política. Esto no sucede por cierto —como lo subraya Tocqueville— en la forma de un cuidar y prevenir medidas, que sustituyen aquella asistencia individual y hacen del Estado un tutor omnipotente, sino en la forma de una “assistance”, de un apoyo adicional al individuo que padece necesidad, después que éste ha agotado sus propias posibilidades⁵³. Este principio de la subsidiaridad, que es también un principio de la doctrina social cristiana, impone al Estado un deber social, sin tocar la libertad del individuo.

9 - Condiciones de la existencia social

La libertad y la igualdad son aún hoy también fines a los que se aspira y —en muchos respectos— se pretende. Han llegado a ser francamente el signo de nuestro tiempo. Pero no se debe pasar por alto que en la progresiva realización de estos fines se liberan fuerzas, que pueden ser peligrosas para la sociedad. La libertad no puede degenerar en arbitrariedad y con ello en anarquía. La igualdad no puede conducir a una sociedad de masas anónima, en la que el valor y la dignidad de los hombres no son atendidos(54). La libertad de opinión que es garantizada en principio en la democracia, no puede ser amenazada de tal manera, que el individuo bajo la presión de la opinión pública se resigne a retraerse a su esfera privada, y deje a un Estado siempre más poderoso un poder que ha crecido enormemente, no en último término a consecuencia del progreso técnico, y que también ha aumentado las competencias burocráticas.

La sociedad moderna liberal e igualitaria se encuentra frente a poderosas tensiones y contradicciones internas ya por razón de que muchas finalidades a las que se aspira, se contradicen. Ante todo la exigencia de la igualdad destruye todo los valores, y la de la tolerancia de todas las ideas de valores, destruye las convicciones morales básicas comunes, que dan cohesión a una sociedad. La realización radical de los principios de libertad e igualdad disuelve la sociedad⁵⁵, el hombre autónomo y empujado a la emancipación se sustrae por tendencia de todo poder y toda vincula-

⁵³ Del discurso del 12 de septiembre de 1848, en: III, 3, 179 y s.; comp. también los Souvenirs, en: XII, 67.

⁵⁴ Para esto E. Biser. *Glaubensprognose. Orientierung in postsakularistischer Zeit*. Graz/Wien/Köln 1991, pág. 34 y ss.

⁵⁵ F. Fukuyama entre otros pág. 367.

ción. La liberalidad plural ha desencadenado una “epidemia de los valores”⁵⁶ que tiene por consecuencia una peligrosa falta de orientación y lleva a un sistema ético que con razón ha sido llamado “babilónico”⁵⁷.

Ciertamente la pluralidad de intereses y opiniones forma parte del elemento constitutivo de la democracia moderna. Pero una sociedad sólo puede tener permanencia, cuando existe un consenso sobre los presupuestos y opiniones esenciales. Más allá de todas las afirmaciones dogmáticas opuestas debe darse una base común. Las ideas fundamentales, filosóficas, religiosas, morales y políticas, que sustentan la sociedad y definen la vida cotidiana, no pueden ser dispuestas por un plan. Como en una democracia el poder político descansa en la universalidad de los ciudadanos, así también descansa la autoridad moral en la universalidad de los ciudadanos, así también descansa la autoridad moral en la universalidad de la inteligencia. A ella debe referirse cada uno, cuando quiere saber lo que está permitido y lo que está prohibido y qué debe ser hecho. El “interés bien entendido” conduce finalmente a los hombres a lo que es justo y decoroso⁵⁸.

En una situación en que la libertad de los hombres ha crecido, también debe crecer su responsabilidad. Si la sociedad democrática no debe disolverse, si la democracia como gobierno del pueblo ha de ser posible en general, debe primero el hombre individual ser señor de sí mismo. Se exige así a cada ciudadano compromiso y responsabilidad para el ser común. Se exige una ética democrática adecuada, que por lo demás puede enlazarse con la antigua intuición aristotélica de que el hombre es por naturaleza un ser social. La solidaridad y la reciprocidad son las virtudes necesarias y los presupuestos para la superación del egoísmo destructor de la sociedad. El hombre debe estar al servicio de sus prójimos⁵⁹.

Pero tal ética de la responsabilidad no puede ser fundada sin la religión, porque aquella responsabilidad es en último término una responsabilidad frente a Dios. También respecto a esto vale lo que Hans Jonas ha dicho sobre la civilización tecnológica en general: “Está en cuestión, si nosotros, sin la restauración de la ca-

⁵⁶ J. Baudrillard. *La tranparence du Mal. Essai sur les phénomènes extrêmes*. París 1990, pág. 13.

⁵⁷ B. de Jouvenel. *De la souveraineté. A la recherche du bien politique*. París 1955, pág. 343.

⁵⁸ Así Tocqueville, en: I, 1, 390.

⁵⁹ R. Polin. *Etique et politique*. París 1968, pág. 94 y s.

tegoría de lo santo, que en lo más hondo fue destruida por el iluminismo científico, podemos tener una ética, que pueda refrenar las fuerzas extremas que hoy poseemos...”⁶⁰. En esto consiste la permanente actualidad de la filosofía política de Tocqueville, en haber llamado la atención sobre esta cuestión.

⁶⁰ H. Jonas. *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*. Frankfurt/Main 1984, pág. 57.

Traducción: Alberto Espezel Berro.